

El mundo
11/6/03

Riquer define 'El Quijote' como una novela «dialogante»

'Para leer a Cervantes' reúne los estudios que ha publicado el filólogo en los últimos años

JORDI BERNAL

BARCELONA.-Si uno tiene ganas y es capaz de robarle horas al sueño, las casi seiscientas páginas de *Para leer a Cervantes* se devoran de una sentada: a la vieja usanza lectora. El estilo del filólogo y miembro de la Real Academia Española Martín de Riquer (Barcelona, 1914) es puro cervantismo. Una prosa fina, inteligente, jocosa, sin flatulencias de bollería aceitosa, de retruécano y ocurente greguería. Se entiende que a Riquer le gusten las novelas de Simenon, pues, en su caso, la amenidad expositiva va unida a una capacidad asombrosa para aportar pruebas documentales. Si el periodismo debería ser dato puro y duro, la crítica literaria no admitiría más interpretación que la fundamentada en los textos. Nada de «utopías y fantasías», que dice Riquer cuando se le pregunta por el género literario que Cervantes escogería hoy para arremeter contra la estulticia.

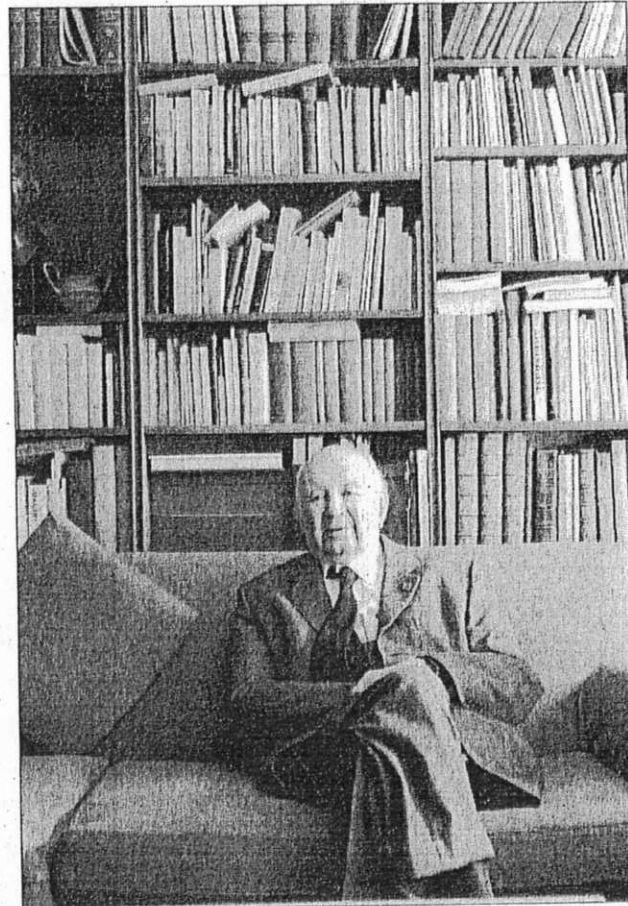
Pero puestos a fantasear, «una película que se burlara de los filmes futuristas que ocurren en el año 4.000», reconoce finalmente. Eso, claro está, si tuviésemos a mano a un genio como Cervantes dispuesto a la realización cinematográfica.

Cinco ensayos conforman el libro de Riquer publicado en la editorial Acanalado: El ejemplar *Aproximación al Quijote* con una nota previa y definitiva de Dámaso Alonso, *Cervantes en Barcelona*, *Cervantes*, *Passamonte* y *Avellaneda* y los inéditos *Parapilla* y *Las armas en 'El Quijote'*.

Uno de los múltiples hechos sorprendentes de *El Quijote* es que está escrito por un hombre de biografía tortuosa y nada fácil, pero que fue capaz de escribir una obra llena de sorna e ironía: «Admira que pasando tantas dificultades económicas, con verdaderas problemas con las mujeres de su familia, con encarcelamientos, con otras cosas desagradables, él siempre mantuvo el humor. Eso dicen los que le conocieron y le trataron en el cautiverio de Argel», afirma Riquer.

La primera parte de *El Quijote* apareció en 1605 y enseguida se convirtió en un éxito editorial. Como explica Riquer, la popularidad de la novela se evidencia en el hecho de que, poco tiempo después de la publicación, «en la ciudad de Valladolid se producen farsas en las que aparecen individuos disfrazados de Quijote y Sancho. Y, por ejemplo, Felipe IV era un gran lector de la obra». Pese a todo, el sueño róto de Cervantes fue el de no ser reconocido como buen poeta.

Martín de Riquer arriesga la hipótesis, «admitida por algunos estudiosos» de que Avellaneda, autor de la segunda parte apócrifa de *El Quijote*, fuera en verdad Gerónimo de Passamonte, quien fue soldado en los mismos tercios que Cervantes y que aparece en la novela como el galeote Ginés de Passamonte. Todo se debería a «un odio terrible entre un personaje raro, arbitrario y atrabiliario como era Passamonte y una persona como Cervantes: inteligente, lúcido y, en cierto modo, sereno». En to-



Martín de Riquer en su estudio de Barcelona. / JOUQUE GARCIA

do caso, afirma Riquer, «es una suerte que exista la obra de Avellaneda porque obligó a Cervantes a escribir la segunda parte. Hay que suponer una especie de esprint», por parte del escritor, «para publicarla lo antes posible».

Otra idea que subraya el académico es que en *El Quijote* la acción es mínima. Se entiende, entonces, la intuición de Josep Pla, que admiraba sobre todo las descripciones minuciosas de la cotidianidad en la novela. Se trata de «una narración itinerante y dialogante. Es decir, dos personas que hacen un viaje y van hablando. No ocurre nada más que una sucesión de aventuras. Es un poco como la pi-

caresca, que también es novela itinerante», concluye el investigador.

Para Riquer, Cervantes «sabe amoldarse» a los distintos niveles lingüísticos. Y luego están las descripciones de las palizas, que son «perfectas» y «duran mucho, como en el cine». *El Quijote* nace como una parodia de los libros de caballerías, que en su época tuvieron un éxito de público abrumador. Probablemente, Cervantes fue un gran lector de este género popular en su juventud, porque sino «no se explica sus conocimientos sobre los libros de caballerías». Lo que hace Cervantes es ridiculizar el género en cuestión. Aparte de fundar la novela moderna.

Angel Gozami busca las claves de la actual crisis de Argentina

MATIAS NESPOLO

BARCELONA.-¿Cómo se explica el caso argentino? ¿Qué razones llevaron a un país medianamente desarrollado, con una de las rentas per cápita más altas y un elevado nivel cultural, en las primeras décadas del siglo XX, al actual proceso de desintegración política, económica y social? La crisis argentina por terminal e inédita plantea una y otras los mismos interrogantes. Y las respuestas siempre serán precarias o incompletas, depende del enfoque, pero no queda más remedio que ensayarlas para desvelar el enigma.

El libro de Angel Jozami Argentina, *la destrucción de una nación* (Mondadori) es un intento loable de desentrañar el misterio. Jozami se enfrenta a la esfinge argentina y propone las posibles respuestas.

El punto de partida del libro es las violentas jornadas de rebelión popular del 19 y 20 de diciembre de 2001. La caída del débil gobierno de Fernando de la Rúa provocada por el «corralito» (retención de los depósitos bancarios) y el fin del Plan de Convertibilidad (equivalencia uno a uno peso dólar) señala el estrepitoso derrumbe. El primer capítulo de la obra se demora en el análisis de las consecuencias inmediatas de la quiebra económica y del estallido social y sus causas coyunturales.

El periodista económico rechaza las teorías que explican el derrumbe por las características psicológicas o idiosincráticas del pueblo argentino y sus gobernantes. Y los datos y cifras que maneja están de su parte.

Si el presente argentino abre un abanico de interrogantes sobre su pasado, su imprevisible futuro hace otro tanto. Porque el proceso de desintegración institucional, económica y social aún no ha finalizado. Argentina se enfrenta al duro reto de hacer tabula rasa y refundar una nación sobre los escombros de su pasado. No hay otra opción, ésta es la única salida posible que vislumbra Ángel Jozami al «caso argentino».